



Mario Chades
*El trauma en la
cultura del malestar
y en la nuestra*

Resumen

La civilización descrita por Freud en *“El malestar en la cultura”*(1930) es aquella que operaba una dura restricción de los anhelos sexuales y agresivos del individuo, con la consecutiva pérdida de felicidad e incremento del sentimiento de culpa, siendo la represión su mecanismo por excelencia. Se trataba efectivamente de la civilización de la neurosis, en la que sin embargo había un “arreglo” con lo traumático.

Otra historia es la de hoy, en la que el trauma se revela como protagonista en la escena. Se patentiza así la eliminación del sufrimiento por una vía distinta a la de la palabra, que no se inscribe en las formaciones del inconsciente. Consiguientemente, nuestra época plantea nuevos desafíos para el psicoanálisis, acaso se trate de una clínica del más allá del principio del placer (del goce), una clínica que “provoca” al sujeto, allí donde sólo hay impacto de lo Real.

Palabras claves: trauma | cultura | malestar | goce

Abstract

The civilization described by Freud in "The malaise in culture" is one that operated a harsh restriction of the sexual and aggressive desires of the individual, with the

*Universidad Nacional de San Luis | machades3@gmail.com



consequent loss of happiness and increased feelings of guilt, repression being its mechanism par excellence. It was effectively the civilization of neurosis, in which however there was an "arrangement" with the traumatic.

Another story is that of today, in which trauma is revealed as the protagonist on the scene. Thus, the elimination of suffering is evident in a way other than that of the word, which is not inscribed in the formations of the unconscious. Consequently, our time poses new challenges for Psychoanalysis, perhaps it is concerned a clinic of the beyond the pleasure principle (of enjoyment), a clinic that "provokes" the subject, there where exists only the impact of the Real.

Keywords: trauma | culture | discomfort | joy

Introducción

Si el fenómeno del trauma ya hace más de un siglo se reveló a Freud tamizando el origen de la neurosis, éste fue aprehendido en las mismas tinieblas del recuerdo de los enfermos. Otra historia es la de nuestros días. Hoy el trauma se revela como protagonista en la escena y, por cierto, del modo más escandaloso.

Justamente, en el presente trabajo nos proponemos efectuar un contrapunto entre los rasgos distintivos de la cultura descrita por Freud (2007d) en su escrito "*Malestar en la cultura*" (1930) y la civilización actual, intentando dar una localización al concepto de trauma en ambas teorizaciones, analizar desde allí las posibles incidencias de los cambios culturales en la subjetividad humana, señalando los nuevos desafíos que presenta a la clínica psicoanalítica.

Respondiendo al cometido antes planteado, partiremos de considerar la articulación cultura y malestar que Freud destaca en su texto y sobre lo que hace gravitar la adquisición de la neurosis. Ubicaremos la relación que ello posee con el sufrimiento, contextualizando estos enunciados en el escenario de la civilización moderna.

Intentaremos luego dar un lugar al trauma entre esas teorizaciones y en especial su articulación conceptual con el término malestar. Seguidamente destacaremos el cambio de época, la incidencia que en ella posee la economía de mercado y ésta sobre



el sujeto actual, sujeto no engañado del discurso y por ello con menos recursos frente a lo Real traumático; cuestión que veremos expresada en la incidencia de nuevas manifestaciones patológicas no sintomáticas. Finalmente consideraremos algunos puntos que plantean nuevos desafíos a la clínica psicoanalítica actual.

Del malestar en la civilización

El trauma como efecto de un hecho sexual “oculto”, llevaría a Freud (2007c) a definir el mecanismo de la represión como elemento fundamental. Ciertamente, la Cultura o Civilización del malestar, descrita por Freud (2007d) en el “*Malestar en la cultura*”, no es otra que la erigida sobre la renuncia pulsional en pos de ser incluido en “la grey”.

Efectivamente, la imposibilidad de satisfacción pulsional que la Cultura impone, no podría menos que inocular malestar* en el individuo, en tanto supone una dura restricción a los anhelos sexuales y agresivos, con una consecutiva pérdida de felicidad y un incremento del sentimiento de culpa. Aquello que Freud (2007d) llama el malestar en la civilización no es otro que el producido por la inhibición de la sexualidad y por la interiorización de la agresividad, fuerza en la que la Cultura encuentra su obstáculo más poderoso, pues el autor ubica en la agresión un subrogado de la pulsión de muerte.

Freud (2007d) hace gravitar la adquisición de la neurosis, también en la frustración de los deseos, como en el desengaño a la promesa de bienestar propuesta por el progreso de la civilización. Es decir que, si bien la Cultura puede hacer mucho por mejorar las condiciones de vida de los hombres, lo forja con profusos límites, ya sea esto por el fracaso en su cometido o generando, colateralmente, nuevas dificultades inherentes a su propio desarrollo y evolución.

Digamos, entonces, que el sujeto se vuelve neurótico tanto por frustración como por desengaño respecto a la vida en civilización y, el modo en como Freud (2007d) entiende este efecto, será justamente, concibiendo a la neurosis como un refugio frente al desengaño y como una satisfacción sustitutiva.

*La palabra “Malestar” es utilizada por Freud en el “Malestar en la cultura” para indicar intolerancia del Yo a la presión de la culpa. Ciertamente, el malestar se trataría de una sensación de incomodidad experimentada por el Yo, bajo las presiones del Super Yo.



En este sentido es preciso subrayar que el síntoma viene a relevar al malestar que incomoda al Yo, aportando una satisfacción sustitutiva.

Procedimientos para contrapesar el sufrimiento

Debemos decir, en todo caso, que la neurosis es sólo una de las respuestas al malestar, pues, como reconoce Freud (2007d) ya en los inicios del siglo pasado, existían además toda una serie de estrategias paliativas a las que el ser humano recurría para aliviar el dolor de vivir. El autor ubica entre ellas: poderosas distracciones, sustancias embriagadoras, también asigna lugares a la religión y al amor; aunque habló también de procedimientos más enérgicos todavía, como en el caso de la psicosis, en tanto se rompe de un modo más radical el vínculo con la realidad.

Empero, no podemos dar a todos estos procedimientos la misma tesitura.

Efectivamente algunos de ellos son acordes al propósito de la civilización, mientras que otros más bien pretenden abolirla de algún modo.

No obstante, existe un enemigo mayor de la Cultura. Se trata efectivamente de la agresividad, la fuerza bruta, subrogado de la pulsión de muerte. Por ello, la Cultura no ahorra en esfuerzos por inhibirla, arrogándose el derecho de ejercer violencia sobre el exaltado.

Ahora bien, si consideramos la sentencia de Freud (2007d) que versa: “[...] el ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales [...]” (p. 86), deberíamos pensar entonces, por la inversa, que aquellos medios que contribuyan a aliviar el padecimiento* evitarían, de algún modo, la neurosis o, al menos, la pondrían en suspenso.

El proyecto de la Modernidad.

La civilización que Freud (2007d) describe en su texto no es otra que la del proyecto

* No aparecen suficientes elementos en “Malestar en la cultura” para establecer una diferencia conceptual clara entre los términos sufrimiento y padecimiento. Da la impresión que Freud (2007d) los utiliza indistintamente.



de la modernidad.

Como plantea Villaverde en Cosentino, Vidal, y Cragolini (1999), podemos resumir los aspectos socioculturales de la modernidad en positivismo, cientificismo, optimismo, igualitarismo y realismo. De ese modo, los valores imperantes en esta época eran la razón y el progreso, apuntalados en la ciencia y el cálculo. De este modo, podemos decir, que orden, paz y progreso sintetizarían su ideario.

La civilización del malestar no es otra que la de la pérdida constitutiva, es la civilización que impone al sujeto un gravamen. El precio que el sujeto debe pagar por pertenecer es una restricción a su goce. Empero, el malestar no es en absoluto lo que traumatiza al sujeto, más bien tenderíamos a pensar que es un “arreglo” con el trauma, su procesamiento. Veamos de qué se trata.

El lugar del trauma en la civilización del malestar

Ahora bien, si intentamos darle una localización al trauma respecto a las conceptualizaciones vertidas por Freud (2007d) en el “*Malestar en la cultura*”, debemos hacerlo partiendo del distingo entre las palabras “malestar” y “sufrimiento”.

El malestar es aquello que se precipita en el sujeto, es lo que in-cómoda por formar parte del orden de la civilización. Como ya dijimos, esto supone la renuncia pulsional. La renuncia pulsional directa no implica en modo alguno la pérdida de vigencia del principio del placer, no desborda al aparato psíquico en su posibilidad de simbolización, el malestar entraña un rodeo para la consecución de la meta de la pulsión, que desprende displacer.

El sufrimiento que Freud vincula a tres fuentes (el híper poder de la naturaleza, la finitud de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos) muestra en cambio tener otra textura. Todos ellos representan al mismo tiempo, aquellos obstáculos frente a los cuales la Cultura se erige, pero también frente a los cuales la Cultura fracasa. El sufrimiento* nos remite indefectiblemente al desamparo,

* Según Freud (2007d) el programa que fija una finalidad a la vida es el del principio del placer, dicho principio supone mantener un óptimo estado de tensión en el psiquismo y de ese modo evitar desbordes pulsionales que conduzcan a estados anegados de tensión, en cuya fuente el autor ubica la causa del sufrimiento.



al fracaso, a la insuficiencia del primado del principio del placer, he ahí el trauma. Podríamos señalar que el sufrimiento es la traducción subjetiva del trauma. En este sentido, la Cultura sería la gran respuesta al desamparo originario, el intento planetario de procesamiento del trauma.

El crepúsculo de la modernidad

Numerosos autores coinciden en afirmar que alrededor de los años '50 sucedió una modificación en las formas típicas de organización de la Cultura.

Tal como advierte Barros (1996), el fenómeno más destacable de los últimos tiempos es que, al parecer, ya no hay nada que sea intocable, nada está excluido de las leyes del intercambio simbólico representadas, sobre todo, por las leyes del mercado mundial, que intentan uniformar los modos de gozar e inundar de objetos (*gadgets*).

En el nuevo contexto, como señala Goldenberg (2014) el Ideal no tiene una función reguladora y, en consecuencia, la radicalización de los valores de cambio vuelve todo negociable. Como puntúa Soler (1998): “[...] el sujeto moderno, podemos decir utilizando la expresión de Lacan, es un sujeto *‘non duperie’* un sujeto no engañado del discurso, que no cree más en los semblantes que permiten dar sentido a lo real” (p. 4).

La decadencia de valores sólo se refiere a los valores supremos. Con la caída de Dios-padre, la instancia bloqueadora excepcional, todos los demás valores pueden intercambiarse, sustituirse, transformarse. Esto, sin embargo, no impide al significante funcionar, por el contrario: “Se fomentan las redes, se produce un hiperfuncionamiento del significante” (Barros, 1996, p. 66). Se produce una liberación de toda dimensión referencial y el significante funciona en su máxima eficacia, indiferente a la dimensión del sentido. Ya nadie cree en política y la política sigue marchando; la educación perdió su objeto, sin embargo se sigue educando. Entiéndase, el progreso sigue, aunque su idea haya desaparecido.

En todo esto, el discurso de la ciencia tuvo mucho que ver, pues como plantea Miller (2005) la ciencia se instituyó separando el sentido de lo Real, en su intento por apartarse de la religión. De este modo colocó el saber en lo Real, un saber que no se trataba de un mensaje, sino más bien un saber que no quería decir nada para nadie.



El Escándalo del Trauma

Desde aquel momento hasta hoy, el discurso de la ciencia cierra su hegemonía como nunca antes en la historia. El mismo hace existir una causalidad programada (Laurent, 2002). Lo que cuenta aquí es que todo puede ser observado, medido y cuantificado y de allí establecer pronósticos certeros. La Cultura actual responde a este mismo patrón de programación.

Efectivamente, en este contexto de hiper-significantización lo que escapa a lo programado irrumpe como trauma. Tal como advierte Laurent (2002): “Lo que desborda en la Cultura de la causalidad programada es llamado el ‘escándalo del trauma’ ” (p.2)

Consecuentemente, asistimos a una descripción científica del mundo a partir de este concepto “Todo lo que no es programable deviene trauma” (Laurent, 2004, p. 24). Se produce una extensión de este concepto, desmedida a nuestro criterio, tomándolo como significativo para remitir a fenómenos culturales que exceden la descripción científica del mundo. No es extraño, en este contexto, vincular lo traumático a las guerras y las catástrofes, pero lo que llama la atención, como señala García (2005) es que la cotidianeidad misma haya tomado este tinte.

En un artículo anterior, Laurent (2002) diría: “La lista de los peligros mezcla catástrofe técnica, accidente individual o colectivo, agresión individual o atentado, guerra y violación” (p. 3). Estos eventos precedentemente referidos, representan potenciales incidentes frente a los cuales hay que estar cada vez más preparados, anticiparse a ellos o, en todo caso, una vez sucedidos localizar a los responsables de haberlos permitido, pues si algo falló eso se ha debido a la ineptitud o voluntaria ineficacia de algún funcionario, nunca a la contingencia misma.

Lo imprevisible o lo imposible, de la previsión total, es absolutamente desalojado del discurso, de este modo nos sorprenderá el hecho de que, efectivamente, todo aquello que retorne, lo haga de un modo escandaloso. “El hecho de que el goce quede excluido del discurso es lo que determina su irrupción salvaje y devastadora desde lo real” (Barros, 1996, p. 67).

No se trata de pensar que el hombre en la civilización actual, por los avatares propios de una época cruda, se haya más traumatizado que el de tiempos anteriores, sino más bien que, apoyado en el discurso de la ciencia, pretende ilusoriamente desalojar de su horizonte, todo impróvido que remita, más o menos directamente, a



la incompletud. El resultado de ello es análogo a pretender eliminar por la puerta de atrás, lo que reingresa por la de adelante, allí donde la incompletud es rechazada, el traumatismo se revela con una fuerza inusitada. Como plantea Soler (1998):

“Quizás, más bien, es que los recursos de los sujetos son ahora más débiles. Que los discursos que regulan los lazos sociales -en el sentido que Lacan utiliza- no logran como lograban anteriormente, hacer de pantalla a lo real”. [...] el sujeto moderno [...] no cree más en los semblantes que permiten dar sentido a lo real. Y es por eso que hoy me parece que los sujetos se han vuelto más traumatizables que antes. No es que haya más irrupción de lo real, hay formas nuevas. No es un problema de cantidad, pero sí hay sujetos más traumatizables. (p. 2)

En la época actual se intenta la eliminación del sufrimiento por una vía distinta a la de la palabra (hay una pérdida de consistencia de los discursos) que, dejando de ser sintomática, no por ello cesa de ser patológica. Estas manifestaciones incluyen de un modo particular al cuerpo y las acciones impulsivas que ponen en juego un sufrimiento que excede lo tramitable a través de la palabra. Estos son los casos, por ejemplo, de las adicciones, los actos de violencia, la anorexia y la bulimia, los “trastornos de ansiedad”, etc.

Los trastornos considerados en el párrafo anterior pueden ser pensados en relación a los diques pulsionales que Freud (2007a) ubicó en el asco, la vergüenza, la moral, el dolor y la compasión, y que tienen un estrecho vínculo con la represión. Estos diques serían los que en la actualidad (de un cierto modo) estarían perdiendo su hegemonía, dando lugar a nuevas formas de arreglo con la pulsión. La mudanza en lo contrario y la vuelta sobre la propia persona de la que nos habló Freud (2007b), cobran ahora relevancia. En la manifestaciones patológicas antes referidas, no sería vía representaciones que se produce la tramitación de la pulsión (Laznik y cols., 2001). El padecimiento aquí no se inscribirá por la vía de las formaciones del inconsciente y, en consecuencia, no pueden ser considerados “síntomas”.



Conclusión

Para concluir, podemos plantear que la neurosis ha sido la operatoria sintomática por excelencia que permitió hacer frente al sufrimiento a la civilización moderna, alrededor de ello se funda casi toda la teoría freudiana. El síntoma, que ha sido coetáneo al malestar en su tesitura profundamente simbólica, ha mantenido al sujeto relativamente a salvo del sufrimiento producto del desborde pulsional traumático. El sufrimiento en la época actual no ha variado en su magnitud, más sí los recursos para hacerle frente. Sufrimientos despojados del ropaje lenguajero y extraño al lazo social plantean nuevos desafíos para el psicoanálisis, lejos de poder explorar cada uno de ellos en este trabajo, podemos sin embargo señalar que nos conducen a una clínica del goce. Clínica que más que develar el inconsciente reprimido apunta a hacerlo existir y, mediante la presencia del analista, viabilizar un significante que sitúe un goce singular no simbolizado y traumático que venga a ordenar la existencia del sujeto. Se trata efectivamente de una clínica que “provoca” al sujeto, allí donde sólo hay impacto de lo Real.

Si el siglo XX condujo a Freud a hablar de la cultura y su malestar, nuestro siglo nos depara la cuestión del goce.

Referencias

- Barros, M. (1996). *La pulsión de muerte, el lenguaje y el sujeto*. Argentina: Ed. el Otro.
- Cosentino, J. Vidal, E. y Cragolini M. (1999). *El giro de 1920*. Buenos Aires: Ed. Imago Mundi.
- Freud, S. ([2007a] 1901). Fragmento de análisis de un caso de Histeria. En Amorrortu. (Ed.), *Obras Completas* (Vol. 7) (pp. 1-107). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. ([2007b] 1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En Amorrortu. (Ed.), *Obras Completas* (Vol. 14) (pp. 105-134). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. ([2007c] 1915). La represión. En Amorrortu. (Ed.), *Obras Completas* (Vol. 14) (pp. 135-152). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. ([2007d] 1930). El malestar en la cultura. En Amorrortu. (Ed.), *Obras Completas* (Vol. 21) (pp. 57-140). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. ([2007e] 1920). Más allá del principio del placer. En Amorrortu. (Ed.), *Obras Completas* (Vol. 18) (pp. 1-136). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- García, G. (2005) *Actualidad del trauma*. Buenos Aires: Ed. Grama.
- Goldenberg, M. (2014). El malestar del Otro. [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://www.circulofreudiano.com.ar/single-post/2014/07/16/-El-Malestar-del-Otro>



- Laurent, E. (julio, 2002). El revés del trauma. En *Virtualia, Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*. Año II. N° 6, pp. 2-7. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/006/default.asp?notas/elaurent-01.html>
- Laurent, E. (2004). Los hijos del trauma. En Belaga, G. *La Urgencia Generalizada: La Práctica en el Hospital* (pp. 23-29). Buenos Aires: Ed. Grama.
- Laznik, D. y cols. (2001). Las patologías actuales y los diques pulsionales. En *Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA IX.
- Miller, J. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de Ética*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Soler, C. (1998). Trauma. Conferencia llevada a cabo en el Hospital Álvarez. Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/materias/obligatorias/CFP/adultos/lombardi/soler%20-%20el%20trauma.pdf>